

Lecturas deconstructivas. Una posibilidad abierta a la Literatura

Entre las varias formas en que el crítico literario puede, en la actualidad, acercarse al análisis de textos, existe lo que podríamos llamar un abanico de posibilidades que incide tanto en la pluralidad de opciones como en la propia adscripción del crítico a determinadas cosmovisiones, desde las que adopta un modo propio de interpretación.

Una de estas posibilidades es, sin duda, la crítica deconstructiva que, a partir de los escritos de Derrida y las elaboraciones de otros estudiosos, se revela como una estrategia de lectura y nueva escritura, producto de un trabajo de desmontaje del texto y la aplicación de un punto de vista apoyado en lo marginal de éste.

Siendo, por tanto, una presencia más en el variado conjunto de la crítica post-estructuralista, puede ser oportuno considerar su viabilidad en el campo del estudio y comentario de textos literarios, bien considerándola una teoría completa en sí misma, bien aceptándola como una posibilidad complementaria de crítica, junto a otras.

Jacques Derrida, el impulsor de lo que —casi a pesar suyo— ha dado en llamarse Deconstrucción, propone desde sus escritos filosóficos un modo de expresar cuasi-metodológicamente la sospecha de buena parte del pensamiento actual acerca de la inconsistencia de los discursos que fijan verdades. Su pensamiento, complejo y no sistemático sino más bien marginal, quiere revelarse como desvelador de jerarquías de poder e impulsor de dismantelamientos.

A este fin se dirige lo que podemos llamar crítica deconstructiva, negando en principio toda voluntad de sistema, rechazando la centralidad y privilegiando el juego diseminador al poner en evidencia las fuerzas centrífugas del texto. De este modo, el lector se ha de ver

continuamente espoleado en lo que podríamos llamar una doble vertiente de una actividad lúdica que consistiría en

- rechazo violento de valores metafísicos tradicionales, y
- vigilancia y atención a los desplazamientos, cambios de terreno o de tono de estos mismos valores en un determinado texto.

Estos rasgos valorativos vienen expresados, según Derrida, siempre a través de lo que él llama «oposiciones» o «jerarquías violentas», que plantea como «Logos / Escritura», «Falogocentrismo/Diseminación», «Voz/Escritura», organizadas de tal manera que cada pareja representa dos regímenes encontrados, siendo el primero considerado como superior, mientras el segundo supone pérdida o caída. A ello une, además, lo que él llama la noción de suplemento, que dinamiza la estrategia de lectura y da el punto de arranque a una nueva escritura crítica.

Su propuesta, en orden a conseguir desvelar estos mecanismos, queda recogida en lo que él llamó su «Gramatología», destinada a acometer una amplia operación textual, y cuyos puntos de trabajo se dirigen a establecer lo que él llama el «architexto», en el cual rastrea el juego de los «gramas» o «huellas» que, deslizándose entre los textos, producen una aportación suplementaria de sentido, es decir, la «différance».

Este término, que se mueve en la ambigüedad fónica, sólo adquiere su perfil exacto a través de la escritura, en cuyo ámbito se reconoce como espacio diferido, espaciamiento, productor en sí mismo de sentido en el asedio a un texto. La «différance» es, por voluntad de Derrida, la estrategia deconstructiva fundamental: compuesta de dos momentos articulados —el de lectura y el de nueva escritura— es, según él, fuerza que puede romper jerarquías establecidas, y encontrar nuevos puntos de vista que desvelen posiciones tácitas en el texto, o, finalmente, proponer una nueva lectura «sospechosa/sospechante» que abra paso a sucesivas interpretaciones, creadoras también de nuevos sentidos.

La «différance» derridiana abre así un camino imparabile, en el que cada texto es, al mismo tiempo, huella y reconversión del anterior, y cuya dinámica tiende al infinito en un deslizamiento no exento de riesgos, incluso planteado a nivel de crítica literaria. Es, también, sin embargo, una aportación llena de sugerencias; más que un método («meth-odos»), es un camino («odos») por el que transitar, y cuya

característica esencial es la dificultad de hacerlo convergente con otros senderos, aunque en apariencia comparta algunas características.

Uno de estos senderos, modos de acercamiento a la interpretación de textos, es la hermenéutica de Gadamer, con la que el mismo Derrida establece afinidades y diferencias, en cuanto al sentido de los textos, el alcance de la interpretación, o sobre el proceso de lectura ¹.

Hay que decir enseguida, sin embargo, que priman las diferencias sobre las afinidades. Así, mientras la deconstrucción se sitúa en la heterogeneidad al no reconocer integración de sentido, la hermenéutica propone una comprensión integradora desde el punto de vista del lector, y acogedora de las críticas diferentes que se susciten dentro de la comunidad lectora ². De este modo surgen dos formas radicalmente diferentes de polisemia: la deconstructiva, que tiende a la diseminación, y la hermenéutica, que acepta la integración en la diversidad.

Estas diferencias, que Peretti considera poco apreciables, son, por el contrario, acentuadas por Valdés ³, hasta hacer prácticamente incompatibles ambas teorías, desde el punto de vista de la crítica literaria. Y, sin embargo, tanto los planteamientos de la hermenéutica como los de la deconstrucción, y sus diferencias, pueden resultar fecundos. Sobre todo, cuando las estrategias de lectura se plantean desde el punto de vista del lector.

LA PERSPECTIVA DEL LECTOR

La deconstrucción, que hasta aquí hemos contemplado como un modo de acercamiento al texto, con todos los movimientos de pensamiento y crítica inherentes, ha encontrado un punto de apoyo importante y una aceptación productiva, no sólo en Francia, sino también en los Estados Unidos.

¹ Ver el desarrollo de este juego de similitudes y diferencias en Cristina de Peretti, *Jacques Derrida. Texto y Deconstrucción* (Anthropos, Barcelona 1989). Prólogo de J. Derrida.

² H. G. Gadamer, *Verdad y método* (Sígueme, Salamanca 1977) esp. p. 8.

³ Mario J. Valdés, 'Teoría de la hermenéutica fenomenológica', en Graciela Reyes (ed.), *Teorías literarias en la actualidad* (El Arquero, Madrid 1989).

Desde que en 1966 pronunciara Derrida una conferencia en la John Hopkins Universty en Baltimore, la influencia de la deconstrucción en los EE.UU. es un hecho que, aunque localizado, no ha dejado de generar repercusiones. A partir de 1972, y hasta el momento, el filósofo francés divide su tiempo entre la enseñanza en París y en diversas universidades americanas, especialmente en la ya citada y en Yale. En esta última incluso se ha hablado de una «Escuela de Yale», aceptada por algunos sectores, negada por otros, pero donde es indudable que la práctica deconstructiva ha tenido sus seguidores.

Jonathan Culler, que se ha acercado con profundidad a este aspecto de los estudios literarios ⁴, examina todo este fenómeno de aceptación de la deconstrucción, dentro del panorama general que ofrece la crítica literaria norteamericana en las últimas décadas. Los seguidores del estructuralismo semiótico —afirma— se vienen oponiendo a los procedimientos humanistas y clásicos de los llamados Nuevos Críticos, argumentando la necesidad de una sistematización por medio de retóricas y gramáticas para analizar textos. El post-estructuralismo, por su parte, ya no intenta inventarios sistemáticos, sino que estudia la forma de subvertir el proyecto estructuralista.

Las distintas escuelas, no obstante, no tienen unas separaciones nítidas como en Europa, y muchas veces el término estructuralista se usa como oposición a los Nuevos Críticos, o incluso a la crítica post-moderna, en sus diversas ramificaciones ⁵.

Lo que sí parece claro es que la deconstrucción es considerada generalmente como la encargada de destruir la confianza racional en el estructuralismo, de corte apolíneo, con una lógica más bien dionisiaca, como la describe Miller. Y lo que hay debajo de ello es, al parecer, la desconfianza de la crítica post-estructuralista hacia cuanto sea pensamiento sistemático. Si los estructuralistas-semióticos elaboran teorías, los deconstructores las exploran... y concluyen que todo es texto. Culler, y con él J. Hillins Miller ⁶ opinan que, tras los escritos de Barthes, Genette o Riffaterre alentaba ya una autocrítica que les llevaría a criticarse a ellos mismos en adelante.

⁴ Jonathan Culler, *Sobre la deconstrucción* (Cátedra, Madrid 1984).

⁵ Un panorama complementario a la introducción de Culler lo ofrece Félix Martín en 'Crítica literaria norteamericana', en VV.AA., *Narrativa norteamericana actual* (Cátedra, Madrid 1986).

⁶ J. Hillis Miller, 'Steven's Rock and Criticism as Cure', en Culler, op. cit.

Además, opinan que no sería justo centrar la polémica en lo que supone la crítica americana entre estructuralistas y post-estructuralistas, ya que ello supondría ignorar que hay otras fuerzas, dentro de ese ámbito, que han transformado también profundamente el estudio de los textos. Culler se refiere, entre otras, a la crítica feminista, nacida en buena parte de la práctica deconstructiva. Martín, en su trazado del panorama actual norteamericano, escribe sobre la crítica post-moderna, «partisana». Pero, en todo caso, en lo que en general casi todos se muestran de acuerdo es en poner en contacto el post-estructuralismo, e incluso la citada crítica post-moderna, con el hecho de leer, es decir, con la teoría de la recepción, que conecta directamente esta corriente con la semiótica europea, así como con la escuela estética de Constanza.

Al poner el acento en la relación texto-receptor, se analiza el papel del lector en el mismo acto de creación. Así, Barthes distingue cuatro tipos diversos de lector, y Eco acomete el texto como una obra abierta. Iser o Booth escriben sobre un «lector implicado», mientras Fish lo considera como el punto de encuentro entre el texto y su interpretación. Por su parte, la práctica deconstructiva, mirada desde la teoría de la recepción, puede, según afirma Culler, diseminar la experiencia, moverla, colocarla en sus elementos marginales y, desde allí, apreciar las jerarquías violentas, asimétricas, y desmontarlas realizando una escritura que las desequilibre, ejerciendo así una crítica global.

De hecho, la crítica feminista, por ejemplo, en sus diferentes etapas, debe mucho a la deconstrucción, desde la que puede poner de manifiesto estrategias sociales sutilmente disimuladas.

SOBRE LAS RESPUESTAS Y ACTITUDES DEL LECTOR

«Un lector de X, que lee como un lector de X, que lee como un lector de X...».

Supongamos una mujer que lee *Madame Bovary*. Una lectura realizada de forma comprensiva, la llevará a hacerse cargo de la historia, de sus datos espacio-temporales, de las características de los personajes, y asimilará la ideología de acuerdo con sus propias coordenadas sociales y personales. Es «una mujer que lee a Flaubert».

Supongamos luego una mujer, que lee desde posiciones de reflexión sobre su propia existencia, personal y social. Su lectura contendrá matices diferentes. Leerá «como una mujer que lee a Flaubert como una mujer», y este segundo término contiene implicaciones de las que carece el primer significante «alguien lee a X». Y si queremos continuar la serie, y esta mujer concienciada es, además, pongamos por caso, militante feminista, su lectura contendrá matices diversos, e incluso podrá convertirse, a su vez, en ulterior escritura crítica. Tendríamos así, «una mujer, que lee a F. como una mujer que lee a F. como una mujer...» y la cadena podría ir extendiéndose a otras posibilidades. Porque no es suficiente «ser», diría la práctica deconstructiva, para «leer como».

Pero volvamos a la cadena del inicio.

En ella, cada significante corresponde a un referente distinto: el lector es huella que se mueve, que se traslada reinterpretada de una frase a la otra.

La repetición indica intervalo, es decir, «différance», el espacio de separación necesario para elaborar una nueva significación, que supone una forma diversa de aproximación al texto. Diferencia, «différance», que puede ser temporal, dentro de un mismo sujeto lector, o espacial, realizada de un lector a otro.

Porque en cada uno de los lectores puede haber una separación de carácter interno, ya que puede tratarse de un mismo lector que realice espaciadamente diversas lecturas, a través de un proceso personal de concienciación. O puede haber cierto «trasvase social», como en el caso de la crítica feminista, donde podría decirse que las diversas lecturas espaciadas son «différance» productora de sentido, en la medida en que van desarrollando la conciencia de esquizofrenia (pueden también las mujeres leer como un hombre, o como una niña), o de marginación, de un determinado sector de la sociedad.

El lector, si aceptamos la práctica deconstructiva, se nos aparece desde el punto de vista de la teoría de la recepción como un recipiente plural, productor de sentido en cada una de sus lecturas como lector individual, o bien en el núcleo de una interpretación media, de clase social o estrato socioeconómico determinado, si pensamos en un lector colectivo.

DECONSTRUCCION Y CRITICA LITERARIA

Describir las relaciones entre la deconstrucción y la crítica del texto supone examinar el modo en que los diferentes representantes de la crítica, sobre todo americana, han asumido esta práctica y se han relacionado con ella. Y, también, analizar las consecuencias que ha tenido esta interrelación.

INFLUENCIA DE LA DECONSTRUCCION SOBRE LA CRITICA LITERARIA

Culler ⁷ aporta cuatro consecuencias de esta influencia, pero indica que éstas sólo pueden ser deducidas, porque no es posible determinar cómo se deconstruye un texto. Lo cual, por otra parte, es ni más ni menos que una afirmación coherente con la misma doctrina derridiana, pues tampoco su autor ha escrito algo sistemático sobre la tarea literaria o los métodos de análisis. Por lo tanto, para acercarnos a este punto, basta con examinar algunas muestras de cómo algunos críticos han abordado en sus trabajos la estrategia de la deconstrucción, y extraer de éstos las coincidencias productivas. Veamos cuáles son éstas, de acuerdo con el riguroso examen de Culler:

1. El impacto que ha tenido la deconstrucción sobre cuestiones y conceptos críticos, incluido el de literatura.
2. La deconstrucción se ha convertido en fuente de temas.
3. Esta puede proponerse como un modelo de estrategia de lectura.
4. Es, también, depósito de sugerencias acerca de la naturaleza y objetivos de la investigación crítica.

1. La deconstrucción ha afectado al concepto de filosofía como escritura, y asimismo al concepto de literatura como género específico asimétrico que puede abrirse a todas las realidades que se le presentan. Afecta a los conceptos de retórica y de metáfora, porque, de acuerdo con sus presupuestos, el lenguaje en origen debía ser metafórico. También afecta al de mimesis, por la oposición entre verdad y representación de la misma que propone. La práctica deconstructiva se considera uno de los movimientos semióticos orientados hacia el

7 Culler, op. cit., pp. 159-198.

lenguaje, y que toman la literatura como sistema de signos, pero dando más importancia al significante escrito.

2. Referente al análisis temático, la deconstrucción opera igual que otros presupuestos teóricos al dirigir la mirada a unos temas. Pero hay diferencias y desacuerdos al considerar el rango y valor de los mismos, tanto desde el punto de vista textual, como de su consideración social.

Para muchos, afirma Culler, los métodos críticos son importantes porque sacan a la luz temas que se supone contienen obras concretas. A la deconstrucción se la acusa de preocuparse de temas mínimos o marginales en ciertas obras, y desatender otros más importantes y centrales.

De este modo, sólo habría que estudiar, al parecer, temas centrales en obras concretas, y comentar la razón por la que éstas fueron escritas, y así se clasificarían en sociales, psicoanalíticas, feministas, etc. La tarea del crítico sería simplemente sacar todo esto a la luz, y verter al mismo tiempo sus propias opiniones al respecto.

Otras corrientes críticas afirman por su parte que la obra de arte encierra en sí unas posibilidades, y que el método de análisis sólo debe ponerlas al descubierto.

En la práctica deconstructiva, el tema de la obra de arte es plural, viene dado y a la vez reconvertido por la huella, y no siempre desde una perspectiva central, sino que, frecuentemente, hay que buscar desde un punto de vista marginal, intentando desvelar jerarquías no simétricas de poder, oposiciones que generan desigualdad, suplementos que devolver a su importancia real.

3. La deconstrucción genera estrategias propias. Culler considera muy significativa la afirmación de Barbara Johnson cuando escribe que «la deconstrucción es la provocación cuidadosa de fuerzas opuestas de significación dentro del texto»⁸. De esta manera, el análisis irá desarrollando estrategias basadas en las oposiciones que emergen del texto mismo.

Lo que se deconstruye o desmonta, pues, al abordar los temas que surgen, es la intencionalidad logocéntrica, y no tanto la del autor. Es, más bien, una intención global, construida a base de textos anteriores (huellas), pero también de educación, de circunstancias políticas o culturales, de vida personal incluso, y que se reflejan en el

⁸ Barbara Johnson, *The critical difference: Essays in the contemporary rhetoric of reading* (John Hopkins Univ. Press, Baltimore 1980).

texto por medio de las jerarquías de oposición asimétrica y los valores que se conceden, o no, a cada polo de esta oposición. Al desvelar estos juegos, los críticos intentan subrayar las estrategias de poder que los textos contienen como reflejo de las que persisten en su entorno, o en otros entornos sociales.

4. La deconstrucción finalmente puede ser depósito de sugerencias acerca de la naturaleza y objetivos de la investigación crítica.

Pueden afectar a la investigación literaria, si la consideramos una fuerza que viene del post-estructuralismo, para frustrar los proyectos sistemáticos. La deconstrucción descompone la estructuralista «fe en la razón», revela la imposibilidad de un sistema fijo, de una ciencia de la literatura o del discurso, y conduce de nuevo la investigación crítica hacia la interpretación.

Un problema entre otros que pueden surgir, como apunta Culler, es que esta práctica puede ser peligrosa en el sentido de que, en último término, todo puede sonar igual. Porque una crítica deconstructiva que no se detiene, que no contiene ejes o asideros sistemáticos aboca a una cadena sin fin.

Y a pesar de ello, ¿hay algo que responder a estas cuestiones, y que permita hacer productiva la deconstrucción? Culler, comprometido con el estructuralismo, pero abierto a otras posibilidades afirma que «hay que leer de otro modo la relación entre estructuralismo y deconstrucción». Que sacar a la luz los límites y posibilidades de uno y otra es un modo de poner a cada uno en su lugar, y permite afirmar que ambos —junto con otros— son intentos de superar limitaciones a la hora de abrir caminos a la crítica literaria. Y, por lo menos, unos y otros deberán ser estudiados, explotados, para conocer su posible rendimiento (ver en ob. cit., pp. 193-195).

NOMBRES PROPIOS EN LA CRITICA DECONSTRUCTIVA

Jacques Derrida y Paul de Man son considerados los exponentes más genuinos de la práctica deconstructiva. Los escritos de ambos son aceptados en sus círculos y estudiados desde una óptica ya configurada. Sin embargo, sus seguidores tienen más dificultades, y son sometidos a presiones y exigencias de rigor por parte de los críticos.

Ello es debido posiblemente a que, si bien a Derrida o De Man se les aceptan sus propuestas dando por sobreentendida la argumentación necesaria, a los estudiosos que han aplicado la práctica deconstructiva se les exige ir fundamentando teóricamente las lagunas que encuentran, lo que, por otra parte, les obliga lúcidamente a examinar las posibilidades o carencias del procedimiento. De esta manera van estudiando los aspectos importantes y los huecos teóricos, intentando aportar una respuesta más o menos coherente, según los casos.

Así, bien desde Yale u otras universidades sobre todo americanas y algunas europeas han ido realizando aportaciones interesantes. Walter Michaels, John Hillis Miller, Frank Lentricchia, Barbara Johnson o Soshana Felman han aplicado a textos literarios la práctica deconstructiva, acompañándola de interesantes aclaraciones y aspectos de interpretación muy sugerentes.

En lo que la mayor parte de los críticos deconstructivos se han mostrado de acuerdo es en afirmar que esta práctica lleva a dar la primacía al lector acerca de su propia comprensión del texto. Recordamos brevemente los conceptos de «lectura previa» de De Man, o el concepto de «misreading» que introduce Bloom. Unos y otros, al buscar «différences» productivas, están —me parece— creyendo románticamente en las posibilidades del texto, y en que éste acabará siempre por mostrar su sentido, a base de continuos asedios.

La deconstrucción, por esencia, no se detiene. Y ello significa, si la aplicamos a la literatura, que se convierte en un modo de ir relejendo, adaptando la comprensión del texto a las diferentes cosmovisiones que el lector, en unas coordenadas espaciales y temporales concretas, le confiere, como un enriquecimiento a su bagaje experiencial, a través de una nueva escritura.

LA CRITICA DE LA CRITICA DECONSTRUCTIVA

Como cualquier aportación al área del pensamiento de la crítica, la práctica deconstructiva contiene en sí misma un núcleo de posibilidades a investigar, pero también de limitaciones y/o carencias que muestran su lado más débil. Lo que casi a pesar de Derrida ha venido a llamarse deconstrucción⁹ es, más que un método, un impulso

9 El mismo término «deconstrucción» no fue precisamente acuñado por Derrida para describir su práctica textual. Fue, en principio, una palabra más, explicativa, pero

vital, inscrito en el desarrollo del post-estructuralismo, y participante por lo mismo de sus características. No escasean las críticas en ese sentido.

Como escribe Raman Selden ¹⁰, los practicantes del proceso deconstructivo post-estructuralista, «más que dar respuesta, se aferran a las diferencias que existen entre lo que el texto dice y lo que creen que dice. Ven el texto luchando contra sí mismo y se niegan a forzarlo para que signifique algo. Niegan la particularidad de la 'literatura' y llevan a cabo una deconstrucción de los discursos no literarios, leyéndolos como si fueran literatura. Quizás —continúa— nos irrite esta incapacidad para llegar a una conclusión, pero son coherentes con su deseo de evitar el ogocentrismo. Sin embargo, como admiten a menudo, su deseo de resistirse a las afirmaciones está en sí mismo condenado al fracaso, porque sólo no diciendo nada podrán evitar que pensemos que quisieron decir algo. Este resumen de sus puntos de vista lleva implícito su fracaso».

Desde otro campo, el de la filosofía, recibe también críticas la práctica derridiana. Jesús Conill, al realizar un análisis de la situación de la metafísica como realidad actual ¹¹, se refiere a la deconstrucción como una filosofía de la diferencia que sólo es posible por vía negativa y que, casi como la mística, remite a lo inefable, a lo radicalmente otro, a la alternativa absoluta. Critica la identificación que hace Derrida de los conceptos de literatura y filosofía, reduciendo ambos a una operación textual, ya que ese textualismo niega todo intento de ordenar el «logos» racional en su búsqueda del fundamento y la verdad. Este textualismo, en el que todo, siendo «significante», puede también por lo mismo ser «insignificante»; podríamos decir que se pretende prescindir del mundo de la vida y de la praxis, al querer descubrir el sentido de los signos. Práctica, pues, la deconstrucción, que se agota en sí misma, en una «revolución de las palabras», en una contribución a la mística contemporánea para tratar de justificar la incapacidad de encontrar un sentido. Crítica desde la apuesta por la hermenéutica actual, por un concepto del hombre que se niega a ser «textualizado».

que fue cobrando importancia poco a poco. Ver De Peretti, op. cit., pp. 166-7, nota 4 donde, citando a Derrida se explica la génesis del término. Ver, también, J. Derrida, 'Carta a un amigo japonés', en *Anthropos*, Sup. 13 (1989) pp. 86-89.

¹⁰ Raman Selden, *La teoría literaria contemporánea* (Ariel, Barcelona 1987) esp., p. 124.

¹¹ Jesús Conill, *El crepúsculo de la metafísica* (Anthropos, Barcelona 1988) páginas 185-198.

Asimismo, y desde un propuesta de crítica literaria a partir de la hermenéutica fenomenológica, se coloca Valdés¹² en contra de la deconstrucción, ya que él considera el texto como un lugar de interpretación común, y la propia labor del crítico una actividad de unificación conceptual centrada en el entendimiento y la explicación.

Otras voces, sin embargo, también procedentes del campo de la filosofía acogen el pensamiento de Derrida con mayor optimismo. En el número de la revista *Anthropos* dedicado a este pensador¹³, Patricio Peñalver sale al paso de las críticas a la deconstrucción, planteando ésta como «un deseo de idioma», un impulso al que ve dotado de capacidad creadora de apertura y de diversidad tonal. Y, por lo que se refiere a la cuestión de la carencia de método de análisis, Maurizio Ferraris afirma que, si bien la deconstrucción se caracteriza por no tenerlo, no se trata sin embargo de acuñar un análisis anárquico. Sus presupuestos conceptuales se basan en un acercamiento personal al texto, rechazando sistematizaciones de códigos y metalenguajes establecidos y regulados.

Una posibilidad de rebeldía social y de crítica continua al sistema es la faceta que subraya Cristina de Peretti en el mismo número, al insistir sobre la búsqueda de una creatividad activa por medio del establecimiento de «différences».

François Laruelle, desde el psicoanálisis, realiza una evaluación de la deconstrucción, para analizar más tarde sus analogías y diferencias con el funcionamiento del deseo, considerando ambos elementos como «textos»¹⁴. Acepta que la deconstrucción tiene sus límites y, más conciliador, apunta los riesgos que puede comportar aceptar la existencia de una ley interna de la deconstrucción que permita la iteración constante de sus signos, aunque reconoce su productividad a la hora de provocar preguntas, o al situarse en la marginalidad. Afirma, además, que es necesario complementar un examen deconstructivo con previos análisis semiótico-estructuralistas, para construir unos resultados aceptables.

12 Valdés, op. cit., pp. 167-184.

13 Jacques Derrida. Una teoría de la escritura, la estrategia de la deconstrucción', *Anthropos* 93. Los autores citados aparecen en: P. Peñalver, 'El deseo de idioma', pp. 31-37; M. Ferraris, 'Notas sobre deconstrucción y método', pp. 37-39; C. de Peretti, 'Las barricadas de la deconstrucción', pp. 40-43.

14 François Laruelle, *Machines textuelles. Déconstruction et libido d'écriture* (Seuil, Paris 1976) esp. cap. I y II. Soshana Felman, *La folie et la chose littéraire* (Seuil, Paris 1978).

Por otra parte, Culler, como ya hemos ido viendo, apunta también elementos positivos y negativos, pero apuesta por una labor de acogida, de práctica que asuma los riesgos y elabore elementos teóricos que puedan aportar a la deconstrucción una mayor entidad. Y lo propio hacen, en uno u otro sentido, todos los que, a partir de la realización de lecturas deconstructivas, realizan pruebas, calas, estudios en ese sentido, e intentan al hilo de éstos ajustar y fundamentar bases metodológicas, como antes hemos visto.

A MODO DE CONCLUSION

Un intento de acercamiento a la deconstrucción nos la ha ido revelando más como una búsqueda que como un sistema de pensamiento. Su modo de actuación se basa más en la escuela de la sospecha que en un deseo de ordenación metodológica. Su objetivo es desestabilizador, y no de asentamiento. Su contexto, el de una sociedad vitalista adscrita a unas coordenadas post-modernas, a presupuestos post-estructuralistas. Su órbita de pensamiento se mueve más cerca de Nietzsche que de Kant, por no ofrecer más que dos aspectos significativos.

Por ello, parece lógico que, al ser estudiada desde la filosofía, se vea inmediatamente —como apuntábamos ya— su carencia sistemática y, sobre todo, teleológica. Sin embargo, deconstruir, en campos como el psicoanálisis, puede tener ventajas apreciables, como afirman entre otros Laruelle o Felman. O también en análisis sociales o políticos, como afirma De Peretti, y como practica, sobre todo, el mismo Derrida.

Pero donde, a mi modo de ver, existe un camino importante para la práctica deconstructiva, es en el campo de la literatura, al permitir un espacio múltiple de lecturas, un desdoblamiento de escritura, o unas posibilidades de «ver» por la quiebra sistemática o «sospechante» del punto de vista que ofrecen los textos.

Jacques Derrida apuesta por un lector que lee como un lector crítico y, desde ahí, todas las búsquedas y todos los descubrimientos tienen cabida. El acto de leer, para él, ya no es sólo comprender, sino que se puede convertir en escritura, por mor de un instinto subversivo. El nuevo texto que surge es, en verdad, un hecho individual

capaz de ser reelaborado por una deconstrucción posterior, lo que, en principio, debe posibilitar un área de tolerancia y aceptación hacia voces que pretendan someter a revisión cuantas oposiciones asimétricas encuentren.

El juego, pues, se centra en la oposición, entendida como poder, de «centralidad/diseminación». El objetivo derridiano está claro. Su apuesta es la diseminación, dado que, como él afirma, la centralidad siempre se recompone, y lo que hay que asegurar es que el juego continúe. Su comprensión coincide sin duda con la visión del mundo de otros intelectuales contemporáneos. Por no salirnos del campo de la literatura, miremos sólo el juego propuesto por Umberto Eco en *El Péndulo de Foucault* sobre la fuerza de los mecanismos de poder, o las lecturas deconstructivas de la historia que realiza Roberto Calasso en *Las bodas de Cadmeo y Armonía* o *La ruina de Kasch*. Con unas palabras de este último libro, que ilustran desde la literatura el juego de oposiciones «centralidad/diseminación» puede finalizar esta aproximación a la deconstrucción derridiana:

«En su origen el poder estaba difundido en un lugar,
aura y miasma.
Luego se recogió en Melquisedec, sacerdote y rey.
Luego se dividió entre un sacerdote y un rey.
Luego se recogió en un rey.
Luego se dividió entre un rey y una ley.
Luego se recogió en la ley.
Luego la ley se dividió en muchas reglas.
Luego las reglas se difundieron en muchos lugares»¹⁵.

MARIA JOSE NAVARRO